

La sirena.

- ¡Yahuti Sahara, leilo leila!, ¡Yahuti Sahara, leilo leila!

La abuela de Saia, siempre le cantaba esta canción para tranquilizarla y relajarla hasta que ella se quedaba dormida en sus brazos. También le contaba historias sobre su tierra, sobre su país el Sahara Occidental. Le hablaba de su niñez y juventud, su abuela era de una ciudad llamada Dajla, situada en una ínsula al sur, cerca de Mauritania. Era un pequeño paraíso natural, rodeado de playas maravillosas, donde la abuela de Saia pasó su infancia. Vivían en una casa cerca del mar, era una familia de pescadores, pescaban pulpos, calamares, sardinas, y recolectaban almejas y navajas en las infinitas arenas de la playa.

Cuando la abuela le contaba estas historias, cuando le hablaba de ese mar que la niña nunca había podido visitar, la pequeña Saia empezaba a sonreír y a mover sus piernas. Cuando Saia nació, tenía una extraña enfermedad, sus piernas estaban unidas entre sí. La pequeña nunca podría caminar, por nacer en un lugar como aquel. Todo el mundo se creía con derecho a opinar, y tristemente la mayoría de ellos se atrevían a decir que la pequeña nunca podría sobrevivir. Por suerte la pequeña Saia era tan fuerte y testaruda como su abuela, que nunca escuchó a todas esas personas que hablaban sin tener ni idea de que estaba hablando, que hablaban sin conocer lo especial que era la pequeña recién nacida.

La abuela de Saia se llamaba Rocío, tenía un nombre español pues había nacido cuando el Sahara Oc. Aún era una colonia española. Cuando ella se casó montó en Dajla una jaima tradicional saharauí para vivir al lado de la casa de su mamá. Ella también se dedicó a la pesca como toda su familia, y vivió en su jaima hasta que pudo reunir el dinero suficiente para construir una casita en el lugar que ocupaba la jaima. Ahora las hijas de Rocío, habían hecho lo mismo en los campamentos de refugiados. Todas habían montado sus jaimas alrededor de la jaima de su madre, en un campamento llamado Dajla, como la ciudad de la que habían tenido que salir.

La pequeña Saia era una niña muy especial, todavía no sabía hablar como el resto de los niños y niñas de su edad, pero eso no le impedía en absoluto comunicarse. En el colegio todas y todos la llamaban la pequeña gran Saia. Porque ella no era una más era alguien muy especial para todos, que cada día con su sonrisa los enseñaba a seguir caminando a pesar de las dificultades de aquel lugar. Ella tenía una silla de ruedas preciosa, pero en mitad del desierto no resultaba nada útil. Por lo que su abuela cada día la cargaba desde su jaima hasta el colegio, y después desde el colegio a la jaima. Nadie la entendía como su abuelita. Saia tenía la capacidad de saber cómo se encontraba ella, y cuando sentía que su abuela estaba triste, preocupada o con algún problema, ella siempre conseguía la forma de trepar hasta sus brazos, agarrar su cabeza y ponerla frente a la suya, cerrar los ojos y sin palabras simplemente hacer que su abuelita regresase a la realidad, y dejase atrás esos miedos o problemas que la tenía fuera de sí.

La abuela de Saia era una experta preparando el té, pues llevaba toda la vida haciéndolo. Ella siempre preparaba tres té, como dicta la tradición saharauí. *El primer té es amargo como la vida*, ella decía que era amargo como la vida del pueblo saharauí, pues le tocó una vida realmente amarga. Vivieron como una colonia y cuando les tocó independizarse los responsables le dieron la espalda y entregaron el país a sus vecinos

por miedo a entrar en guerra. Por lo que a los saharauis les tocó ir a la guerra contra sus propios vecinos. Y no hay nada peor que una guerra, la guerra sólo la gana quién no la hace y no participa en ella. Por lo que a su pueblo le tocó salir de aquella tierra maravillosa y refugiarse en mitad del desierto, donde viven ahora. *El segundo té es dulce como el amor*, este era el té preferido de la abuela de Rocío, porque ella decía que era dulce como la mirada de su pequeña. Y *el tercer té es suave como la muerte*, ella decía que era suave como la brisa del mar que cada mañana la despertaba en su Dajla natal. Siempre que la abuela imitaba el sonido del mar, se acercaba hasta Saia, agarraba el turbante en el que siempre estaban envueltas sus piernesitas, y la arrastraba hasta ella para hacerles cosquillas, hasta que ambas acababan abrazadas entre risas.

La vida no era difícil para Saia en mitad del desierto, no era fácil para los otros niños jugar con ella, no era fácil para algunos mayores descerebrados entender que no era designo de dios que ella hubiese nacido así, sino tal vez una simple enfermedad, o una dieta extremadamente pobre de su mama refugiada cuando estaba embarazada. A pesar de todo, Saia cautivaba a todos con su alegría, con su sonrisa y con sus ganas constante de fiesta, de bailar y cantar a su forma.

El pueblo saharauí dice que nosotros, los occidentales, tenemos los relojes, pero que ellos tienen el tiempo. Después de cuarenta años esperando en el desierto, hasta el tiempo se acaba deteniendo. Así que la abuela de Saia, un día cansada, decidió volver a su tierra sin más. Ya había escuchado lo suficiente, ya había tenido toda la paciencia del mundo y ya no quería esperar más. Así que cogió un trozo de melfa donde enrolló todo lo necesario para el viaje, y preparó a la pequeña Saia.

No dijo nada a nadie, puesto que no hacía falta, todo el mundo la conocía y si un día veían su jaima cerrada, sabrían que se había ido. Ella lo había preparado para que la noche en la que saliesen fuese luna llena. Camino sin parar, sin dejar de hablar con Saia. Ambas estaban muy felices, y con la mirada puesta el lo que les aguardaba más allá del horizonte. Caminaban de noche y dormían de día. La abuela de Saia conocía bien el desierto. En la segunda noche de camino se encontraron con el muro, el famoso muro que dividía su país en dos. La abuela de Saia conocía las marcas que los saharauis hacían para señalar las minas antipersona escondidas bajo la arena, por lo que con mucho sigilo llegaron al muro, y consiguieron pasarlo. Unos días más tardes, llegaron a su destino.

Era la primera vez que Saia veía aquel intenso y agitado mar. La brisa acariciaba su cara, arrastraba pequeños granitos de arena que chocaban con sus mejillas, sin embargo no pestañearon ni una sola vez durante aquellos segundos, tal vez minutos, en los que contempló aquel regalo de bienvenida. Sus sentimientos en aquel momento eran realmente contradictorios. Lo más parecido que ella había visto a aquello era el mar de dunas de la hamada argelina, cerca del campamento de refugiados saharauis de Dajla, donde había vivido desde que nació. Cuando había tormentas de arena, el siroco arrastraba tanta arena que parecía que las dunas se movían como las olas de aquel mar. Pero no era concretamente esa imagen de dunas arrastradas por el viento, lo que en su interior le hacía que aquello le fuese tan familiar, era como si el mar fuese parte de ella.

La abuela continuó caminando hacia el mar con Saia entre sus brazos. El agua acarició la piel de ambas, como tantas veces hace cuarenta años había hecho con la piel de la abuela, y por primera vez aquella mañana tocaba la piel de la pequeña Saia. La abuela,

continuó adentrándose en el mar, pues hay que caminar mucho en las playas de Dajla para que el agua tenga cierta profundidad. Las piernecitas de Saia se movían cada vez más, como cuando su abuela le contaba historias de aquel mar. La abuela ya lo sabía, Saia no, pero empezaba a comprender todo, feliz y con los ojos abiertos como nunca. Desbordando alegría miraba nerviosa a su abuela y al mar. Hasta que de repente Saia y su abuela se soltaron.

Saia nado, salto, jugó con las olas, se movía como nunca antes lo había hecho. Claro que era una niña muy especial, como todos los niños y todas las niñas son especiales. Lo único que pasa es que ella aún no había podido demostrarlo, pues una sirena no está hecha para vivir en el desierto.